

PROVINCIA

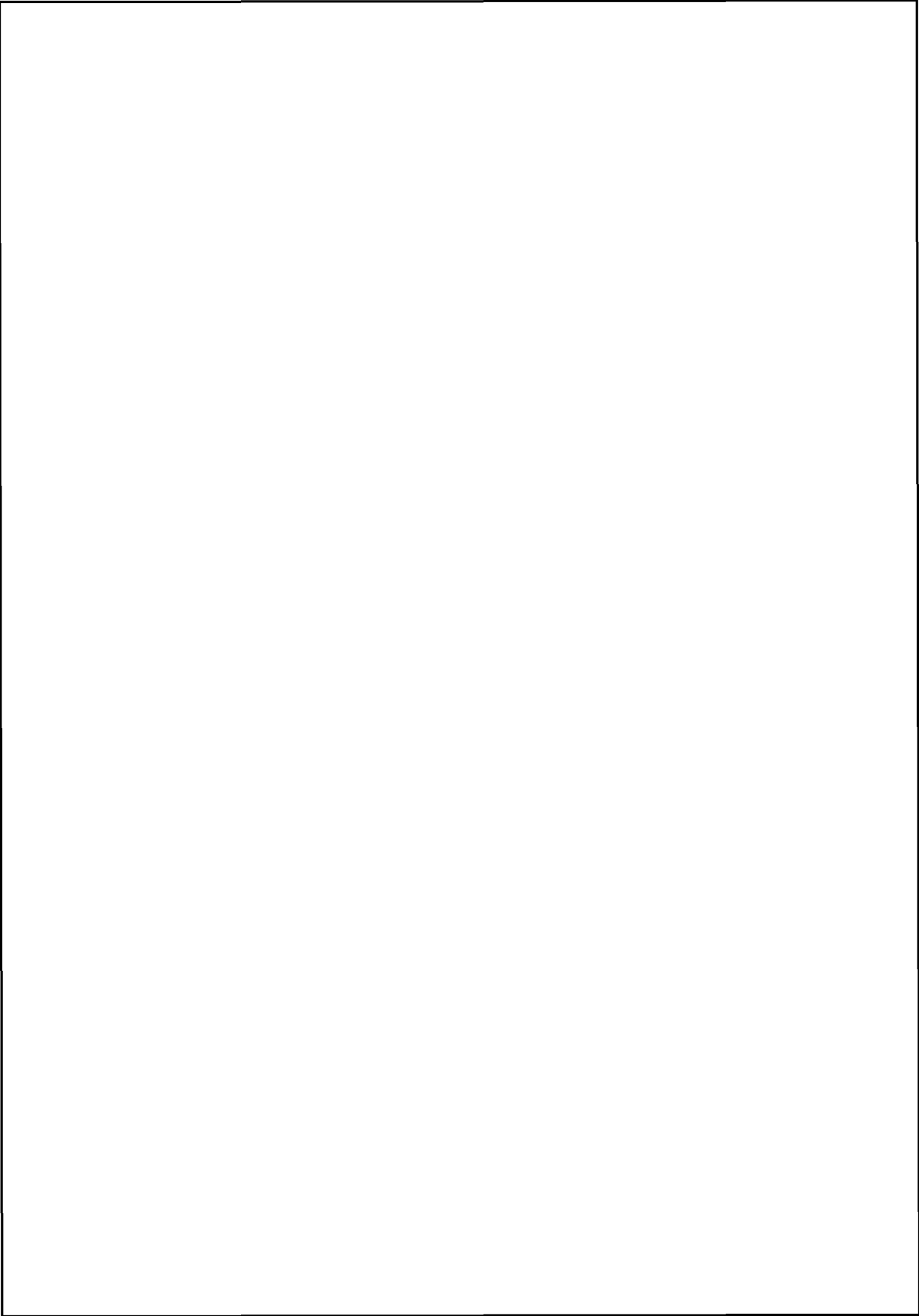
TALAVERA DE LA REINA

Cuando este número de PROVINCIA salga a la calle estará a punto de comenzar la I Feria Provincial del Campo de Talavera de la Reina; porque Talavera de la Reina es algo más que una ciudad histórica y monumental, algo más que la cerámica y que los jardines del Prado; es nada más y nada menos que el centro vital de una comarca toledana de singulares condiciones geográficas, cuya situación privilegiada le da pleno derecho a ser la sede de este certamen, primero de carácter provincial, exponente fiel de nuestra riqueza agrícola y ganadera.

(En páginas interiores, amplia referencia de Talavera.)

Exterior de la Colegiata →





LAS PRIMERAS PIEDRAS DE NUESTRA PREHISTORIA

Por MAXIMO MARTIN AGUADO

I.—Presencia del hombre primitivo en nuestras graveras

La presencia del hombre sobre la Tierra se delata, no tanto por el hallazgo de sus primeros restos fósiles como por el de los primeros toscos objetos de su industria. Los frágiles huesos humanos, sustraídos muchas veces a su destino natural mediante la práctica, muy antigua, de los enterramientos, o aniquilados por el hombre mismo en un puro delirio de antropofagia, no han soportado también como las piedras la acción demoledora del tiempo, y han perdido, por eso, gran parte de su valor documental. Así, en Europa, apenas se conocen restos humanos anteriores a la tercera glaciación, mientras que los objetos de su industria se prodigan, por lo menos, desde los tiempos de la glaciación primera. Por esta razón conocemos mucho mejor las cosas del hombre primitivo que al hombre mismo y, en consecuencia, raramente es posible decidir a qué tipo humano puede corresponder una determinada cultura, sobre todo si se trata de una cultura muy antigua.

Decimos esto por nuestro reciente descubrimiento, en Pinedo, de numerosas piedras lascadas, principalmente hachas, que testifican la presencia en Toledo de esa primera población prehistórica presentada en uno de nuestros trabajos anteriores. Porque ellas nos traen el mensaje cierto de un hombre al que, sin embargo, desconocemos por completo. (*¿Homo praesapiens?*)

La sospecha más viva de que este desconocido del Paleolítico anduvo por aquí durante el segundo interglacial (hace más de 300.000 años) la tuvimos al estudiar los restos de los elefantes encontrados antes en las mismas graveras, y datados por nosotros como pertenecientes al citado interglacial. Si todos esos animales hubieran muerto por causas naturales sus huesos no serían tan abundantes, ni se encontrarían tan dispersos. Ni tan rotos, pues casi todos aparecen como si hubieran sido abiertos para aprovechar el tuétano. Además, pertenecerían principalmente a animales adultos. No sucedía así. El efante de Buenavista era un macho joven de menos de 30 años. Y uno de los últimos encontrados en Pinedo, un pequeño

«Dumbo» de menos de cinco. Tenía que ser obra del hombre.

Las hachas aparecidas ahora vienen a confirmarlo. Y a persuadirnos de que él formó todos esos cementerios zoológicos que son nuestras graveras. En ellas nos ha dejado los restos de los animales que le sirvieron de alimento, y también, a falta de sus propios huesos, todo el arsenal lítico de que se valió para dominar a la naturaleza circundante: las piedras que atesoran los aluviones del Tajo y de cuyo estudio debemos inferir algunas particularidades de la existencia del artifice que las talló.

II.—Evocación del hombre de Toledo

Sin embargo, el estudio de piedras con talla tan pobre presenta, en sí mismo, dificultades considerables. ¿Hasta dónde pueden ser obra de fenómenos naturales y desde dónde aparecen talladas con intención realmente humana? He aquí uno de los problemas que fué debatido en el campo de la Ciencia y que se nos plantea ahora a nosotros a cada paso en Toledo, al intentar buscar en las graveras o en los montones de grava acumulados en las calles de la ciudad, algún rastro de nuestro hombre del Paleolítico.

Las piedras más antiguas en las que el hombre de hoy, estudiándose en el tiempo, ha creído ver las huellas del hombre de ayer, datan del final del Terciario y principios del Cuaternario. La misma intencionalidad que se adivina en su talla se ha querido llevar a su nombre: *eolitos*, que es tanto como decir piedras de la alborada de la Humanidad. Sino que el mensaje de la mayoría de los *eolitos* sigue siendo indescifrable.

Más avanzado el Cuaternario las cosas empiezan a dibujarse con mayor claridad. En nuestro dilatado mundo se perfilan, por lo menos, tres linajes humanos, dos de los cuales habitan Europa. Y en conexión indudable con ellos, aunque en correspondencia cronológica desastrosa con sus restos fósiles, surge un conjunto de piedras de cuya talla intencional ya no puede dudarse. Utilizaremos para designarlas el nombre de *paleolitos*. Son las hachas, cuya paternidad se

atribuye al *Homo sapiens*, y las lascas, patrimonio, tal vez, del *Neanderthal*.

Las hachas, a las que deseamos referirnos expresamente, por ser los objetos más comunes en Pinedo, se esbozan como una cultura eolítica, de autor desconocido, y son notables por el tesón con que persisten luego, diversamente talladas, en el seno de otras culturas sin ser nunca desplazadas del todo. Se ve que se logró en ellas un objeto eminentemente práctico, de valor universal.

Para nosotros, su aparición en Europa debe relacionarse con la primera glaciación, que vino a someter aquí, a la naciente Humanidad, a una de las más duras pruebas de su existencia. Nuestro continente pierde entonces su antiguo carácter tropical y se convierte en un país inhóspito, desolado. El hombre que lo habita (las escasas poblaciones

aisladas por barreras infranqueables, que no pudieron emigrar hacia el Sur), encuentran en él dos únicas perspectivas alentadoras: el mar y los ríos. Pero el mar ha descendido más de 100 metros de nivel, a causa del agua retenida en los continentes en forma de hielo, y ofrece a su contemplación el antiguo prodigio de sus fondos litorales: playas de *callaos*, conglomerados de conchas, bancos de coral. Al mismo tiempo el cauce, casi seco, de los ríos es un estremecedor desierto de cantos rodados. La mano arborícola que había empuñado antes el leño encendido como antorcha de triunfo sobre las demás criaturas, siente ahora la tentación de la piedra. El mar o el río, al redondearla, han hecho la mitad del trabajo. El hará la otra mitad. Bastarán unos golpes acertados para adelgazar uno de sus ex-

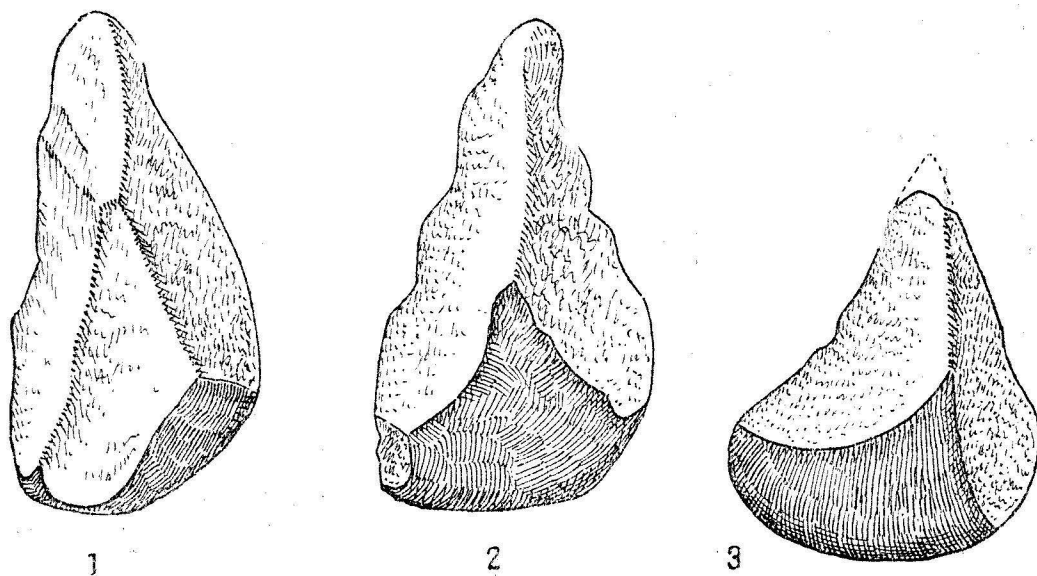


Fig. 1

La primera industria lítica de Toledo.—Serie de las hachas triédricas.—De acuerdo con su abolengo Toledo empiedra sus calles con las primeras piedras de su prehistoria. Estas y otras muchas fueron retiradas a tiempo de Pinedo y gracias a ello no forman hoy parte del pavimento de la ciudad. Son los útiles del primer hombre que habitó nuestro Peñón hace unos 400.000 años, cuando el valle del Tajo estaba cubierto por un bosque subtropical poblado por *Elephas antiquus* (principio del segundo interglacial). Las hemos catalogado como acheulenses, pero presentan, dentro de ese periodo cultural, un tipo especial de talla que consideramos distintivo del «Hombre de Toledo», y relacionado con el estilo lusitano. En esta ilustración se reproducen algunos de los primeros ejemplares recogidos: 1, *hacha triédrica primitiva*, forma siniestra; 2, *hacha toledana*, forma también siniestra; 3, *pico toledano*. Las primeras, particularmente las más largas, parecen adecuadas para cavar. Las segundas, sobre todo las más afiladas, pudieron servir para desgarrar la carne. Y los picos se utilizarían, enmangados o no, para matar a los animales y para triturar sus huesos. De momento unas y otros han servido para rasgar decisivamente las nieblas del pasado y ofrecernos despejado un buen trecho del camino de nuestra historia más antigua.

tremos. El otro quedará como empuñadura, con su grueso y redondez naturales (fig. 1). El paso decisivo está dado. Lo demás será afinar la talla tanto como se quiera o se pueda; tanto como lo permitan la habilidad de las manos o la materia prima que trabajan (fig. 2).

Aunque nacida, según esta interpretación, bajo el auspicio de los hielos, el hacha se prodiga, sobre todo, en los periodos interglaciales. Es el útil por excelencia de las fases de clima suave del Pleistoceno, y ello pudiera ser también indicio de otro posible origen más meridional. El hombre que la maneja no es todavía ese cazador troglodita evocado a menudo como estampa-patrón del primitivo. Es un nómada, muchísimo más antiguo, que vive al aire libre, junto a los ríos o el mar, que caza y pesca, pero que utiliza también sus hachas en menesteres tan pacíficos como en extraer raíces del suelo. Tal la imagen del «Hombre de Toledo» que nos sugieren sus utensilios de piedra encontrados en una de las terrazas del Tajo.

(La idea de una primera Humanidad nómada vale sólo en el sentido de que sus hombres carecían de hogar fijo conocido. Por lo demás vivirían ligados a una misma comarca durante cientos y miles de generaciones, lo mismo que los animales y las plantas. En este otro sentido, la humanidad histórica, mejor dotada, más emancipada de la naturaleza, ha sido mucho más móvil y errante, puesto que en unos miles de años ha colonizado el mundo.)

III.—Cronología de su industria

De todas las graveras toledanas únicamente las de Pinedo nos han proporcionado abundante material lítico. Precisamente son las mismas que nos vienen surtiendo de mayor cantidad y variedad de restos animales. Dicho material es tan poco rodado y presenta tal reiteración de formas que no puede dudarse de que pertenece a una población prehistórica autóctona. Por otra parte su diversidad es suficiente para deducir que corresponde a una sucesión de poblaciones con distintas culturas o, por lo menos, con distintas variantes dentro de una misma gran cultura. Por supuesto, de una de las culturas más primitivas.

La primera industria de la piedra se desarrolla en Europa durante la primera glaciación, hace casi 600.000 años, y tiene carácter colítico. A partir de ella brotan, en el primer interglacial, dos vigorosas culturas paleolíticas, también de autor desconocido, que siguen durante mucho tiempo un desarrollo paralelo: la del *hacha* y la de la *lasca*. La primera abarca en su desarrollo desde el interglacial primero (periodo cultural Abbevillense) hasta el tercer (Acheulense), terminando hace unos 130.000 años. La segunda, desde el primer interglacial (Clactoniense I) al segundo (Clacton II), concluyendo hace unos 240.000 años. Es innecesario avanzar más en el curso de la historia, porque el «Hombre de Toledo» pertenece, con certeza,

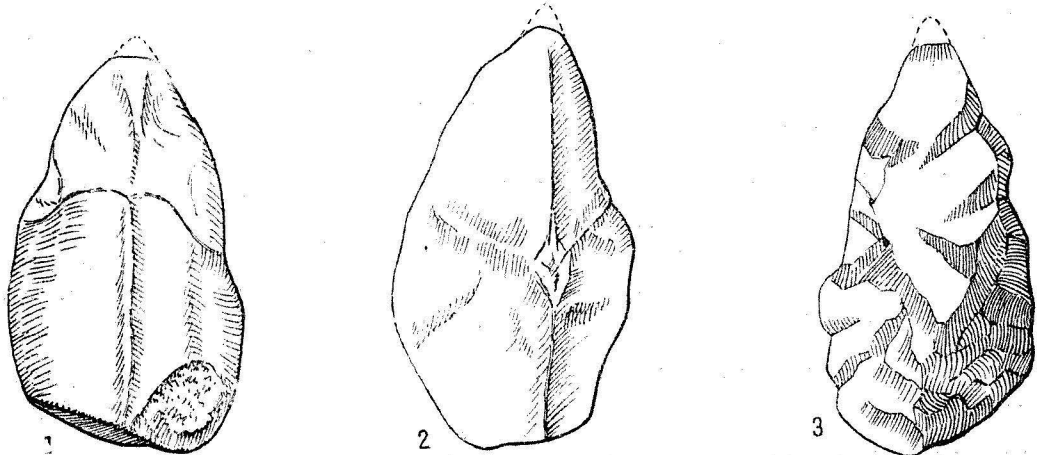


Fig. 2

La primera industria lítica de Toledo.—Serie de las hachas amigdaloides.—Los objetos humanos más antiguos conocidos hasta hoy en Toledo databan de hace 3.000 años. Estas hachas tienen más de 300.000 y señalan, con las anteriores, el comienzo de nuestra prehistoria. No suponen ningún progreso importante en el arte de tallar la piedra y, en ocasiones, se adivina en ellas el sello triédrico distintivo del estilo toledano. Si la núm. 2, por ejemplo, no llevara talla en la base, sería un hacha toledana típica, y, además, diestra.

a uno de estos períodos aurorales de la existencia humana.

En Pinedo tenemos, cuando menos, una espléndida representación de una de esas dos grandes industrias primigenias: de la abbevilloacheulense o del hacha. Casi todos los objetos recogidos presentan los caracteres inequívocos de los más antiguos paleolitos nodulares. Por lo tanto deberían catalogarse como abbevilenses. Sin embargo, la existencia de formas evolucionadas, incluso con una clara tendencia a la torsión en S, nos deciden a referirlas, en conjunto, al Acheulense Antiguo. Después de todo esta fase inicial del Acheulense no es más que una persistencia del Abbevilense en el principio del segundo interglacial. De acuerdo con ello tenemos que asignar a nuestras hachas unos 400.000 años de antigüedad.

Así datadas, su correspondencia cronológica con la edad que habíamos deducido antes para las graveras es perfecta (véase lo que dijimos en el semanario «Toledo» del 22-XII-59, núm. 45, pág. 7). Es también excelente su correspondencia con la de otros yacimientos equivalentes de Madrid o de la propia cuenca del Tajo en Portugal.

(Esta cronologización se refiere únicamente a las formas más antiguas, encontradas en los aluviones de la base. Las de otros niveles parecen indicar que nuestras graveras han de ser los yacimientos acheulenses más completos de España, en lo referente a la talla sobre cuácita. En un trabajo próximo trataremos de esto. Al mismo tiempo intentaremos reconstruir el ambiente en que vivió el «Hombre de Pinedo», esbozando una geografía de Toledo durante el Gran Interglacial. Sin embargo, el estudio más profundo de estas cuestiones requiere el empleo de medios muy superiores a los que podemos procurarnos por nuestra cuenta. ¿No habrá llegado la hora de crear en Toledo un Museo Provincial de Historia Natural o, al menos, una Sala de Prehistoria? A Toledo, la ciudad-museo, le falta ese museo: el de la Naturaleza, que es lo mismo que decir la institución de su historia más antigua. Una historia que no se cuenta por siglos, sino por miles de siglos.)

IV.—Tificación del material recogido.—Definición de la talla de estilo toledano

Simplificando al límite podemos distribuir todas las hachas de Pinedo en dos grupos: *hachas triédricas* (fig. 1) y *hachas amigdaloides* (fig. 2). Pero semejante distinción no basta para clasificar

todas las formas recogidas, ni es tan radical como implican esos nombres, pues existe una clara relación entre los útiles de los dos grupos. Incluso en los objetos menores, que no deben catalogarse como hachas, se adivina, con frecuencia, el sello de una misma mano (fig. 3).

A.—Serie de las hachas triédricas

Las *hachas triédricas* son abundantísimas y ostentan tal uniformidad, primitivismo y singularidad en su talla que nos decidimos a considerarlas, a la vez, como la manifestación más antigua de las culturas de la piedra en Toledo y como la expresión más genuinamente toledana de esas culturas. Vale decir como las primeras piedras peculiares de nuestra más vieja artesanía lítica.

Se trata de cantos rodados de todos los tamaños (a veces tan grandes como para sugerir manos monstruosas o para invitar a definir una cultura del elefante; otras, tan pequeños como para crearlos pura juguetería infantil), tallados por uno de sus extremos en pirámide trigonal, a veces muy perfecta. El otro extremo queda sin talla o lleva sólo la indispensable para procurar a la mano una mejor superficie de aplicación. Nos parece conveniente distinguir bien estas dos partes de la talla, y, con este objeto, llamaremos *talla útil* o de trabajo a la talla principal y *talia de empuñadura* a la adicional o complementaria. Los cantos son generalmente de cuarcita y la talla se logra por simple percusión con otra piedra.

En el desarrollo de esta talla, que llamaremos de *facies toledana* (o de *estilo toledano*), creemos descubrir dos etapas fundamentales. En la primera se intenta obtener el hacha trigonal mediante la separación muy tosca de numerosas lascas. El resultado es que nunca se consigue plenamente la forma (fig. 1, 1). En la segunda se afina la talla y esa forma se logra con menos golpes, por simple separación de tres grandes lascas (fig. 1, 3); o bien, si la forma de la piedra lo permite, sólo de dos, dejando como tercera cara de la pirámide la cara más plana del canto de partida (fig. 1, 2).

Esta forma inicial de las piedras, más que su naturaleza, casi siempre cuarcitosa, parece decisiva en relación con la talla que han de recibir y el empleo que han de tener. Desde este punto de vista podemos distinguir tres tipos de utensilios triédricos de estilo toledano.

Incluimos en el primero las hachas más largas y puntiagudas. La longitud excesiva del canto de partida no se presta a la talla de pocos golpes; para adelgazarles convenientemente es preciso

arrancar demasiadas esquirlas y por eso casi nunca se rebasa en ellas la fase triédrica primitiva (fig. 1, 1). Estas formas parecen propias para escarbar.

En las del segundo grupo la talla recae sobre piedras mejor proporcionadas. En este caso resulta más fácil obtener la forma por separación de pocas lascas y, se alcanza, con frecuencia, la fase triédrica evolucionada (fig. 1, 2). Su borde suele ser, además, bastante cortante, y pudieron servir para desgarrar la carne.

Finalmente, en las del tercer grupo la talla se aplica a los cantos mayores y más cortos, obteniéndose una pirámide más chata (fig. 1, 3). Estas formas (*picos*, según la terminología al uso), debieron emplearse como objetos contundentes: para matar a los animales de un golpe en la nuca, para triturar los huesos de los elefantes, etc.

Entre las hachas del primer grupo y los picos

existen todos los grados de transición y es difícil marcar su frontera de separación. Por otra parte las formas mayores carecen siempre de talla de empuñadura. Esto y la imposibilidad de abarcarlas con una sola mano, nos lleva a creer que se utilizarían enmangadas, o bien que se manejarían con las dos manos.

Las hachas del segundo grupo parecen las más evolucionadas. Enraizan en las del primer grupo y se continúan insensiblemente, de un lado, con las hachas amigdaloides más comunes, y de otro, con ciertas puntas de mano y otros objetos de la industria lítica menor, que representan, en nuestra opinión, la suprema perfección de la talla sobre cuarcita. En correspondencia con ello presentan más acusada que las demás la torsión sigmoidal de que hablábamos antes. Colocadas en posición de trabajo y miradas por su lado más convexo (a menudo el único con talla), hay unas

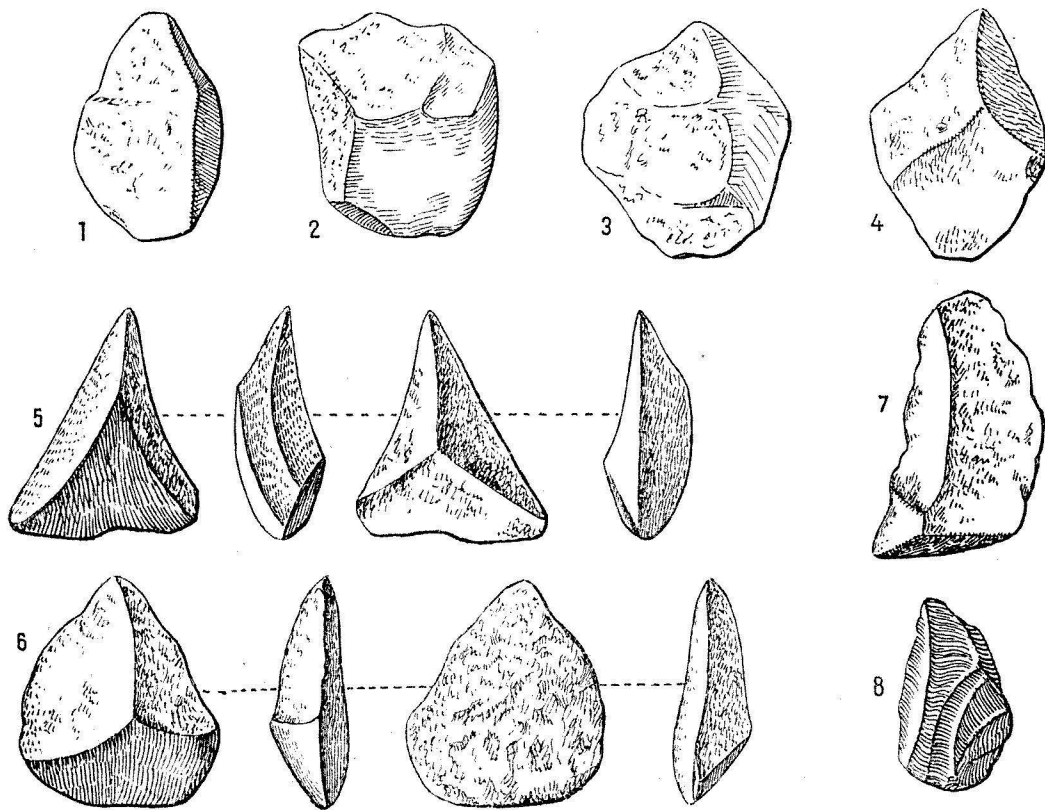


Fig. 3

La primera industria lítica de Toledo.—Lascas.—Además de las hachas y de grandes lascas clactonienses, hemos recogido innumerables objetos menores que agotan las voces técnicas utilizadas para designar los distintos paleolitos: cuchillos curvos, en los que hay como un presentimiento de gumias; puntas con el mismo aspecto triédrico de las hachas, raspadores, etc., etc. Los dibujos muestran sólo algunos ejemplos de esta interminable variedad de formas.

destrorsas, que se manejan mejor con la mano derecha, y otras sinistras, como si estuvieran hechas para zurdos (fig. 1, 1, 2). Correlativamente la talla de empuñadura en las de cada tipo es específica para una de las manos y el útil se ciñe muy mal con la otra. Tras un paciente recuento hemos podido comprobar que las formas sinistras son, por lo menos, tan abundantes como las diestras. De aquí se sigue que el primitivo era igualmente hábil (o igualmente inhábil) con las dos manos (ambidestro, o, para ser más exactos, ambizurdo), y que su cerebro era, por consiguiente, más simétrico que el nuestro. El «destrismo» debió surgir hacia el Auriñaciense, hace unos 100.000-50.000 años, a causa de la especialización creciente del hemisferio cerebral izquierdo (en el que recaen, asimismo, las últimas habilidades adquiridas; por ejemplo, la escritura) y vino a marcar el nacimiento del arte.

Las relaciones que acabamos de establecer entre los útiles de los tres grupos no suponen que los unos deriven necesariamente de los de otro, puesto que cada uno de ellos tiene sus propias formas triédricas primitivas.

Un desarrollo parecido al que hemos dejado expuesto es el que han tenido en nuestra propia península las hachas y picos de facies lusitánica y astúrica. Las hachas (trigonas al principio, como las nuestras) aparecen en Portugal durante el interglacial segundo, se acortan como picos en el tercero y concluyen, en el postglacial, convertidos en el famoso *pico asturiense*, una curiosa pervivencia del Paleolítico en el seno de las primeras culturas de la piedra pulida.

La diferencia es que aquí, en Toledo, todas esas transformaciones parecen haberse operado durante el segundo interglacial, y, también, que la forma trigonal de partida, no sólo no se pierde, sino que se acusa cada vez con mayor pureza, tanto en las hachas como en los picos. De acuerdo con ésto el distintivo de la talla de *estilo toledano* sería esa tendencia creciente a obtener hachas y picos triédricos. En consecuencia a los útiles más logrados de la base evolucionada debemos bautizarlos con nombres especiales. Proponemos el de *hachas toledanas* para los tallados en pirámide larga (1, 2) y el de *picos toledanos* para los de talla en pirámide corta (fig. 1, 3).

De todas formas el parentesco entre las formas lusitanas y las nuestras es evidente, y nos habla de continuos trasiegos humanos a lo largo del río (y luego de la costa portuguesa hasta empalmar con otros ríos) durante el Gran Interglacial.

Probablemente los dos estilos, el lusitano y el nuestro, constituyen manifestaciones locales de una *facies tagana*, preludio, en los albores mismos del Paleolítico, de una futura *cultura del Tajo*.

B.—Hachas amigdaloides y otros objetos

Sobre las hachas amigdaloides no nos extenderemos en consideraciones. Son mucho más escasas, a veces están talladas por una sola cara (monofaces) y aunque esa talla suele ser más completa que en la serie anterior, resulta todavía muy pobre en comparación con la que presentan las bellísimas hachas de sílex del Aceulense evolucionado. Por otra parte algunas exhiben caracteres claramente triédricos, de estilo toledano. En tales casos la talla de empuñadura es muy semejante a la de trabajo y el útil se maneja suficientemente bien con cualquier mano (fig. 2, 2). Probablemente es un indicio de que se empleaban enmangadas.

La mano del «Hombre de Toledo» se percibe, por último, en un conjunto de objetos de la industria lítica menor, todavía por catalogar (fig. 3). Entre ellos pueden distinguirse desde esquilas sin talla a sílex finamente logrados, que representan una obra superior a la destreza de nuestro hombre, y son anuncio de otros hombres y de otras culturas. Pero en su mayor parte, incluso los sílex, corresponden a los mismos estudios culturales de las hachas, y hasta tienen, muchas veces, su mismo sello triédrico.

V.—Toledo y sus dos contornos

Después de lo que antecede tenemos la impresión de que las piedras talladas de Pinedo han venido a colocarnos, de golpe, en el principio de nuestra prehistoria. Por lo menos constituyen una altísima atalaya erigida muy atrás en el pasado desde la que podemos otear ese comienzo, y seguir, durante mucho tiempo después, el curso de los acontecimientos humanos hacia el presente. Contemplado desde ella Toledo se nos presenta ahora definido en el tiempo por dos contornos de amplitud y contenido bien distintos: uno histórico, ceñido a los últimos dos mil años, que abarca un pequeño círculo riquísimo en contenido; otro antehistórico, extendido quizá hasta de medio millón de años atrás, del que conocemos apenas su principio por estos paleolitos de Pinedo y su fin por los neolitos protohistóricos y objetos del Bronce encontrados antes en el propio Peñón o en sus alrededores inmediatos. Toscas hachas talla-

(asa a la pág. 2)



LAS PRIMERAS PIEDRAS DE NUESTRA PREHISTORIA

(Viene de la pág. 8)

das en cuarcita y hachas de fibrolita esmeradamente pulidas que forman como el marco de toda esa sucesión de cuadros apasionantes que ha de ser nuestra prehistoria.

Debo gratitud al P. Aguirre, el primero en sospechar la talla intencional de cierta piedra

recogida en Pinedo; a los Profesores Gómez de Larena y Jiménez de Gregorio, por la información que me han proporcionado, alentándome a proseguir estas investigaciones, y a D. Emiliano Castaños, que ha puesto a contribución de este trabajo su trazo magistral.

MÁXIMO MARTÍN AGUADO

(Ilustraciones de D. Emiliano Castaños)





Santuario de la Virgen del Prado, en Talavera de la Reina